

RESEÑA DE LIBROS

III. LITERATURA, FILOSOFÍA Y RELIGIÓN

NANNINI, SIMONETA, *Analógia e polarità in similitudine. Paragoni iliadici e odisseici a confronto*. Amsterdam, Hakkert, 2003. 141 pp.

El libro se añade a la casi infinita bibliografía sobre los símiles homéricos, sea desde el punto de vista de la épica indoeuropea, sea desde puntos de vista formales o de contenido o evolutivos. En este libro se añaden otros puntos de vista: el de la analogía o polaridad (continuando el *Polarity and Analogy* de Lloyd), el del *tertium comparationis* aludido en algunos símiles y el de la manera de trabajar en este terreno de los autores de la *Ilíada* y la *Odisea* (considera a este conocedor de las últimas fases de la *Ilíada*).

El capítulo I, «Similitudini con spettatore», p. 7 ss., se refiere al testigo externo, ajeno al mundo heroico, que es aludido a veces, sobre todo en *Il.* IV-VIII. Estos espectadores y oyentes representan en cierto modo al autor. Expresan el placer acústico o visual de este por la propia obra, inserta así en un mundo humano y actual.

El capítulo II, «Polarità e analogia nelle similitudini omeriche», p. 49 ss., señala tópicos diversos en series de comparaciones que añaden una polaridad antitética. Los héroes son comparados con mujeres o niños, los animales con los hombres, el erotismo con la guerra. Extrañas comparaciones. Pese a todo, hay en estos símiles cosas que comparar.

En la misma línea está el capítulo III, «Similitudini con rovesciamento». Comparaciones a primera vista lejanas o distantes se resuelven en una común humanidad.

En la Conclusión se explica la complejidad, desde varios puntos de vista, de las comparaciones, explotada ampliamente en la *Ilíada*. Y ello para buscar una imagen nueva de relaciones humanas en momentos concretos. Mientras que la *Odisea* seguiría más bien una tradición consolidada.

El libro, a veces difícil de seguir y de juzgar en el detalle, testimonia buen conocimiento de los poemas y de la bibliografía. Y ofrece ideas novedosas sobre la narración y el sentimiento del poeta – de los poetas de ambos poemas, parece ser la opinión de la autora.

FRANCISCO R. ADRADOS

STODDARD, KATHRYN, *The narrative voice in the Theogony of Hesiod*. Leiden, Brill, 2004. 207 pp.

La autora aplica al análisis de *Trabajos y Días* y, sobre todo, de la *Teogonía* de Hesíodo los métodos de la llamada “narratología”, que aplicaron a Homero Mieke

Bal y Irene de Jong.

Sin duda, pueden aprenderse muchas cosas de este detenido estudio: por ejemplo, sobre las diferencias entre Homero y Hesíodo, sobre todo en relación con la “narrating voice”. Aunque no creo que, en definitiva, esta nueva teoría, con su compleja terminología y sus tajantes clasificaciones, aporte demasiadas novedades al estudio estilístico de los poetas griegos.

El centro del libro está, en conexión ciertamente con dicha teoría, en la fuerte crítica que hace la autora al “biographical reading” de Hesíodo. En ella encuentra predecesores en helenistas como Griffith y Nagy. Y, en realidad, en todo el amplio movimiento sobre el “yo poético” en la lírica griega.

Pienso que en este tema hay que proceder con cautela y me parece que la posición de la autora negando veracidad a cualquier rasgo biográfico es excesiva. Claro está, Hesíodo no intenta darnos una autobiografía que pudiéramos llamar científica y exhaustiva. La adapta a tópicos como el de la intervención de las Musas o el del sabio consejero frente al individuo adoctrinado (desde Egipto y Mesopotamia). Y añade temas nada autobiográficos. Pero no hay razón para negar la llegada del padre de Hesíodo a Tespias desde Cime en Eolia o su travesía a Cálcida como cantor en los funerales del rey Anfidamante, por ejemplo. Ni su dedicación a la labranza y la ganadería, su oposición a los reyes “devoradores de regalos”, su vida alternando todo esto con la poesía. Hay, tanto como biografismo propio, retrato de un ambiente social y aún político. Responde a hechos de la Grecia de aquellos días.

Claro que la autora tiene razón cuando tacha de error el hablar de “sturdy peasant” (Fränkel) o de “coarse, dull peasantry” (Jäger). Hesíodo era un aedo culto que conocía la literatura de proverbios, calendarios agrícolas, fábulas, cosmogonías, etc. Y que sabía encajar todo esto en sus poemas. Es un tema que varios autores, yo entre ellos¹, hemos estudiado.

Como tantos otros, combinaba su ejercicio poético, en varios registros, con la vida del pueblo campesino de su tiempo. Y tenía conciencia de su talento, como Arquíloco, Teognis, Píndaro y los demás, y gustaba de decirlo. Combinaba una posición tradicional, de heredero de una vasta “wisdom Literature” y una muy personal. En realidad, se anticipó a la lírica.

Romper los lazos entre estos poetas, descubridores de un nuevo mundo, y los temas tradicionales que asumen, combinan o critican, creo que es equivocado. No todo es biografía en Hesíodo ni todo se explica por ella: es lagunosa e imaginativa. No deja de ser, en todo caso, importante, es el símbolo de una nueva edad.

Así, es inútil, por ejemplo, el debate sobre los proemios. Claro que derivan de la lírica, pero al tiempo son “programas” de sus poemas. No hay contradicción. Y es inútil oponer la interpretación biográfica (que algunos han exagerado) y la profundidad del pensamiento de Hesíodo: todo va unido. Está dentro de grandes tradiciones orales y es el pensador de una nueva era.

¹ Cf. «La composición de los poemas hesiódicos», EMERITA 69, pp. 197-223.

La imagen de lo que es hoy un pastor ha perjudicado la comprensión de Hesíodo. Era otra sociedad, había en ella los pastores-poeta, los guerreros-poeta, los políticos-poeta, los pensadores-poeta. Vivían de la tradición y de la interpretación personal, con frecuencia crítica, de la misma. La imagen de su propia persona la adaptaban a la tradición. Pero su personalismo es esencial, es un signo de Grecia, no se da en otras culturas: igual que en el caso de los líricos, los filósofos y los artistas que firmaban sus obras.

Creo que el libro, erudito por otra parte, sigue en exceso esquemas artificiales y antítesis innecesarias. Igual que, en general, toda la teoría narratológica. Deja a los antiguos poetas flotando fuera de su ambiente cultural, su época, sus circunstancias históricas. No es que yo descarte el tema de que en alguna medida el “yo” autobiográfico adquiere varios sentidos. Pero, fundamentalmente, el poeta y su “yo” entran en contextos culturales, tradicionales y nuevos, que nosotros, como filólogos, debemos sacar a la luz. Lo demás es secundario.

FRANCISCO R. ADRADOS

JACKSON, STEVEN, *Mainly Apollonius: Collected Studies*. Amsterdam, Hakert, 2004. 141 pp.

El autor presenta una recopilación de veintitrés artículos propios, publicados a lo largo de años anteriores en diferentes revistas especializadas. Los originales han sido reproducidos sin ninguna variación y se han reunido en un volumen, con el único fin de facilitar su consulta a los estudiantes que deseen ampliar sus conocimientos sobre la obra de Apolonio de Rodas. De los veintitrés artículos recopilados, catorce están dedicados al contenido de las *Argonáuticas*, mientras el resto se ocupa de Calímaco y Teócrito.

En los artículos coleccionados el autor analiza un conjunto de puntos específicos que relacionan y comparan la obra de Apolonio con la tradición literaria homérica y con la épica griega. A saber: El artículo «Apollonius' Jason: Human Being in an Epic Scenario» (pp. 1-8), aborda un estudio del héroe de los argonautas basado en su carácter. Como héroe helenístico, Jasón es pragmático y su única verdadera divinidad es *Anagke* (Necesidad). Pero, por “necesidad”, deberá llevar a cabo empresas que jamás héroe homérico alguno fue llamado a realizar. Y a pesar de estar orgulloso de ser un hombre, de poseer todos los defectos humanos, Jasón está preparado para llegar mucho más lejos que cualquier héroe épico arquetípico.

Los estudios sobre «The Etesian Winds» (pp. 25-32) y «The Asopid Dichotomy» (pp. 33-38) son un exponente del valioso trasfondo histórico que Jackson investiga y sabe aprovechar para ilustrar al lector sobre distintos aspectos de la historia, la geografía y la sociedad griega. En otro trabajo, «Argo: The First Ship?» (pp. 57-65) se plantea una tradición que parte de un escolio a Eurípides (*Med.* 1.1) y Catulo (64 *init.*) en que se afirma que Argo fue la primera nave. Sin embargo, tras la exposi-

ción de unos ejemplos, Jackson concluye que Apolonio no la representó como tal en su obra, quizá incluso estaba rechazando una larga tradición literaria establecida. El problema ha sido tratado por estudiosos como F. Vian y R.L. Hunter, quienes piensan que quizá Eurípides hiciera mención de Argos como la primera nave griega en *Andr.* 865, sin embargo, parece más bien que el trágico se estaba refiriendo a Argos como la primera nave que surcó el Mar Negro. De ahí la tradición literaria extendida que considera la nave Argo el símbolo de la primera expedición griega realizada por el Mar Negro.

Otro escolio a Apolonio Rodio (*F.Gr.Hist.* 477 T 1-2 Jacoby) inspira a Jackson el artículo sobre «Myrsilus of Methymna and the Dreadful Smell of the Lemnian Women» (pp.67-73). En dicho escolio se hace referencia a la historia narrada por el paradoxógrafo helenístico Mirsilo sobre la masacre de los hombres lemnios llevada a cabo por sus mujeres. Jackson analiza en este trabajo el método de creatividad selectiva que aplica Apolonio en la composición de su trabajo. En las *Argonáuticas* (1.609ss.) el autor expone las razones de la masacre lemnia, pero la traducción del texto presenta cierta ambigüedad, lo que ha permitido a Jackson recurrir a otra tradición sobre el relato, para tratar de dilucidar el significado correcto. Es cierto que el texto no especifica si la cólera de Afrodita se dirige contra los hombres o las mujeres, de modo que se pueden hacer dos lecturas: 1. Afrodita castigó a los hombres lemnios, porque la habían privado de honores por largo tiempo, y les hizo repudiar a sus mujeres y enarmorarse de las esclavas que ellos mismos traían de la costa de enfrente en sus saqueos; 2. Afrodita castigó a las mujeres con un olor desagradable, lo que impulsó a los hombres a tomar cautivas tracias como concubinas. Jackson concluye que la tradición tomada del relato de Mirsilo es un intento por explicar el ritual de la menstruación celebrado anualmente en la isla de Lemnos, donde las mujeres bajo pretexto de un malolor se separan de sus maridos por un día. El hecho de que la menstruación sea un tópico tabú en el mundo antiguo invita al investigador a profundizar en este estudio y el trabajo de Jackson se puede tomar entonces como guía introductoria para abordar el tema.

Cada uno de los episodios de las *Argonáuticas* tratado *ad hoc* e incluido en esta obra se centra, según los intereses del autor, en una cuestión debatida anteriormente por los estudiosos, lo que convierte esta selección de artículos en una iniciativa a la puesta al día de los estudios sobre Apolonio de Rodas.

Antes de pasar a los estudios sobre Calímaco y Teócrito, el autor hace alusión al mito, la literatura y la sintaxis griega en relación con Homero en tres trabajos que designa con los términos «Apollonian Studies», «Epic Recovered» y «Genitive Absolutes», y que reseñan respectivamente las siguientes obras sobre Apolonio: *The Argonautica of Apollonius: Literary Studie*, de R. Hunter, publicado en 1993 (pp. 85-88); *The Renewal of Epic: Responses to Homer in the Argonautica of Apollonius*, de V. Knight, publicado en 1995 (pp. 89-90); y *Der Gebrauch des Genitivus Absolutus bei Apollonios Rhodios im Verhältnis zu Homer*, de G. N. Vasilaros, 1991 (pp. 91-93).

En cuanto al primero Jackson considera que un título más acertado para la obra hubiera sido el siguiente: *Homeric Echoes in Apollonius' Argonautica*, puesto que Hunter trae a colación y analiza detalladamente paralelos homéricos y de Apolonio, pero no siempre da crédito al talento y genio del propio Apolonio. También echa en falta el reconocimiento del carácter de Jasón como personaje especial, puesto que, en opinión de Jackson, Hunter sigue teniendo, a la hora de valorar la personalidad de Jasón, los mismos problemas que sus predecesores.

En el segundo el autor reseña la versión revisada de la tesis doctoral de V. Knight, publicada en 1995. La obra presenta una gran cantidad de interpretaciones novedosas sobre el poema, que desgraciadamente pasan desapercibidas, según afirma Jackson. La introducción le parece prosaica al tiempo que excesivamente larga: «the would have been better served if there had been a succinct introduction and a summary at the end». Sí está de acuerdo en el análisis sobre “contaminatio” que realiza Knight, siguiendo el cual no se pueden separar las *Argonáuticas* en *Odisea* e *Ilíada* como se ha hecho con la *Eneida*. También considera correcta la interpretación de Knight acerca del método de selectividad creativa que aplica Apolonio en su obra, y excelente el tratamiento de la cuestión sobre los ecos homéricos en Apolonio, aunque no se debe caer en la impresión de que Apolonio Rodio haya tomado sólo a Homero como inspiración. En general, la obra le parece un tanto “unexciting”, si bien hace gala del cuidado y el detalle propio de un trabajo filológico.

En el tercer trabajo reseñado, Jackson pasa revista a las tres secciones en que aparece dividido el libro de Vasilaros sobre el uso del genitivo absoluto en Apolonio de Rodas y en Homero. La primera sección está dedicada al significado, definición y origen del genitivo absoluto (*G.A.*). Se citan fuentes antiguas para atestiguar la derivación y el concepto del término y se ofrece incluso un elenco de las investigaciones sobre el tema hasta el día de hoy. La segunda sección se centra en los ejemplos comparativos de *G.A.* que aparecen en Apolonio y Homero. La tercera y cuarta sección entran de lleno en la construcción del *G.A.*, constituyendo la parte más importante del libro de Vasilaros. La conclusión de Jackson respecto de la obra de Vasilaros tampoco es muy alentadora en cuanto a novedad en el campo de la lingüística y la filología clásica: “nothing earth-shattering” afirma sobre los resultados obtenidos por Vasilaros.

En lo que respecta a los últimos trabajos de Jackson incluidos en esta compilación, unos están dedicados a la obra de Calímaco y Teócrito, y otros son reseñas a trabajos realizados sobre los mismos. Al no aparecer en el título como anexo a los trabajos sobre Apolonio pueden correr el riesgo de pasar inadvertidos. Por último, cierra el libro un “personal space” en que el autor expresa su satisfactoria opinión sobre la publicación de una Conferencia celebrada en Berkeley: *Images and Ideologies: Self-Definition in the Hellenistic World*, y un índice de nombres, para facilitar el manejo de la obra.

En general, todos los artículos contienen contribuciones de interés. En ellos se advierte gran claridad de exposición y precisión en la aportación de datos prove-

nientes de cualquier tipo de fuente. Los conocimientos de crítica textual del autor son, en la mayoría de los casos, su mejor instrumento para el análisis de cuantos términos parecen haber sido tomados de otros autores o introducidos como parte de fórmulas métricas en las *Argonáuticas*. Los estudiantes y estudiosos interesados en Apolonio de Rodas encontrarán, de seguro en esta obra, una fuente de valiosas referencias, con las que iniciar nuevas líneas de investigación aún enriquecedoras en este campo.

ROXANA BEATRIZ MARTÍNEZ NIETO
Instituto de Filología, CSIC

BOUQUET, JEAN, *Le songe dans l'épopée latine d'Ennius à Claudien*. Bruselas, Collection Latomus, 2001. 204 pp.

En la introducción el autor, tras afirmar que la epopeya latina siguiendo a Homero recurre a los sueños, establece una diferencia entre epopeya griega y latina que no me parece correcta; para él la epopeya griega parece ignorar la actualidad (¡), mientras que la latina se convierte en rival de la historia. No se puede sostener la afirmación de Bouquet con respecto a la epopeya griega, pues, ¿cómo decir que ignora la actualidad cuando Lisandro se hacía acompañar por Quérilo de Samos, el autor de la *Perseida*, con la esperanza de que Quérilo celebrase sus hazañas, cuando Simónides de Magnesia relató en hexámetros la guerra de Antioco Sóter, y en versos épicos también narró Lésquides las campañas, en las que había tomado parte, de uno de los Atálidas?. Sin estos épicos helenísticos no se pueden explicar bien los poemas de Nevio y De Enio, máxime cuando el del primero presenta correspondencias con la *Perseida* citada. El error sin duda procede del hecho de que, por toda autoridad, Bouquet cita la *Littérature latine* de J. Bayet en su reedición de 1965.

La introducción incluye un cuadro útil en el que el estudioso francés clasifica los sueños correspondientes a los poemas de los autores estudiados (Enio, Virgilio, Ovidio, Lucano, Valerio Flaco, Estacio, Silio Itálico y Claudiano) en cuatro categorías: externo con la aparición de un dios, externo con la de una sombra, alegórico y realista; en las páginas que preceden al cuadro ha explicado cada una de estas categorías.

El capítulo I, que estudia los sueños en *Annales*, introduce el esquema con que va a estudiar, repetitivamente, la estructura de todos los demás sueños externos de los diferentes autores: situación de dormido del protagonista; le parece ver la sombra (en otros casos será el dios); palabras de la sombra; cada una de estas situaciones se acompaña del texto latino y de la traducción al francés. Tal vez esta última iría mejor en nota de pie de página. El sueño en que a Enio le parece ver a Homero es definido por Bouquet como sueño de consagración del poeta como émulo y rival de la poesía griega. Las opiniones de los diversos estudiosos que se ocupan de las posibles influencias encajarían tal vez mejor en el texto y no en nota.

En relación con el sueño de Ilia, para el que Bouquet recurre a la edición de Vahlen, se echa en falta la consulta de la edición de Skutsch porque precisamente

este editor, desplaza, con razón a mi juicio, del lugar que ocupa en Vahlen la súplica al dios Tíber (en Vahlen sigue al sueño) y que no parece sea pronunciada por Ilia, sino por Eneas a su llegada al Lacio, lo que será recogido por Virgilio en el episodio de Tiberino de *Eneida* VIII; es cierto que Bouquet no alude a la plegaria, pero de encontrarse donde Vahlen la sitúa, tal vez habría que aludir a ella. El comentario de la escena del sueño se completa con el registro de la presencia abundante de dáctilos, aliteraciones, presencia de imperfecto, repetición de *uideri*, etc. Si tenemos en cuenta que Enio fue también autor de tragedias, tal vez una relación de este sueño con los de la tragedia no sobraría.

Con respecto a los sueños de la *Eneida* (cap. II) añade a la estructura señalada para los de Enio un elemento más: la desaparición de la figura y el despertar del durmiente. Según del sueño del que se trate, hace consideraciones al respecto, como, por ejemplo, que el hecho de que Dido sea visitada por Siqueo durante la noche y Venus le relate este sueño a Eneas durante el día y ese relato esté bajo el signo de la belleza, mientras que la aparición de Siqueo esté bajo el signo del horror, simbólicamente significa para Bouquet que Eneas está destinado a triunfar y Dido no; no deja de ser una opinión personal. En cambio si responde a la realidad por las consecuencias que producen uno y otro la afirmación que hace de que el sueño de Dido constituye un paralelo de el de Eneas cuando se le aparece Héctor.

Tiene interés la observación del papel que Apolo en diversos acontecimientos que mediante profecías van indicando a Eneas su destino (Delos, peste, Celeno, Heleno ...) como divinidad favorita de Augusto, observación que ya había hecho Heinze, al que Bouquet incluye en su bibliografía, pero que no cita aquí. Personalmente no comparto el juicio negativo que hace de Turno tras su sueño presentándolo como presa de la locura; creo que Turno, aunque destinado a ser vencido, queda legitimado para reclamar sus derechos de manera análoga a como fue legitimada Dido para emprender su aventura.

Con respecto a los sueños de *Metamorfosis* (cap. III) Bouquet señala la originalidad de Ovidio que, presentando sueños típicos del género épico clásico, no rodea a la divinidad del halo maravilloso que muestra su poder, llegando en algunos casos al desprecio del mundo divino y a minimizar el papel de los dioses. Deja aparte las apariciones de Hércules y de Esculapio del libro XV; en ambos casos, dice, lo maravilloso se toma en serio y la ironía ovidiana desaparece: el poema pasa a la gloria de Roma; eso hace para Bouquet que no esté aquí el mejor Ovidio. Creo que no son equiparables los efectos del hambre sobre Éryschthon y los de Alecto sobre Turno, pues como acabo de decir, no creo en la locura furiosa de Turno, sino en un *furor* belico propio de un guerrero; la reacción que experimenta el rútilo ante la falsa Calibe (para Bouquet actitud desconsiderada con la edad y las funciones de la sacerdotisa) no es más que la que se podía esperar en el destinatario masculino y guerrero defensor de los derechos de su pueblo ante una destinadora impropia para transmitir un mensaje que no fuese el típicamente femenino (cf. D. Estefanía, «Las madres en la Eneida», en *Las madres en la Antigüedad clásica: mito, religión y sociedad*, en prensa); una cosa es la reacción que Turno experimenta al ver la figura siniestra de la Furia: *subitus tremor occupat/ artus/ deriguere oculi* (VII 446-47); *ossaque et*

artus/ perfundit toto proruptus corpore sudor (VII 471-474) y otra es su comportamiento hasta su muerte; con el argumento de Bouquet podríamos pensar en una locura de Eneas tras la aparición de Mercurio en IV: *at uero Aeneas aspectu obmutuit amens,/ arrectaeque horrore comae et uox faucibus haesit* o en una locura de todos los troyanos con motivo de la contemplación de Celso y su profecía: *at sociis subita gelidus formidine sanguis/ deriguit: cecidere animi ...* en III 259-61.

El sueño de Pompeyo en *Farsalia* 3, 8-40 (cap. IV) aparece bajo el epígrafe “El sueño externo en el que aparece la sombra de un muerto”, pero, a pesar de la estructura tradicional de ese tipo de sueños, Bouquet afirma que se puede ver en él, dadas las connotaciones psicológicas de Pompeyo, un sueño realista, producto de la obsesión del protagonista que recuerda a su primera mujer. Es una prueba de que, aunque útil para conocer la relación de sueños y en muchos casos también su naturaleza, el cuadro de la introducción, como ya indicaba el autor, delimita dentro de una definición dada sueños que no pueden encasillarse exclusivamente en ella. Al final el estudioso francés tiene que admitir el carácter atípico del sueño que, contra lo que ocurría normalmente con este tipo de sueños, no da directrices al protagonista, en otras palabras no es funcional en relación con la aventura.

El sueño supuesto de Pelias en Valerio Flaco no me parece equiparable a las apariciones nocturnas de Anquises que Eneas refiere a Dido; en la epopeya de Valerio, muy influenciada por la tragedia de Séneca, queda dibujada con este sueño la perfidia del tirano (cf. Antonio Ríos Torres-Murciano, *El restablecimiento de la causalidad épica en el libro I de las Argonáuticas de Valerio Flaco*, Tesis doctoral inédita); Eneas, aunque Dido le llame *perfidus*, no está fingiendo cuando dice que Anquises le advierte durante el sueño y le aterroriza con su sombra (*quasi adhuc responsis non crederet, addidit patris admonitionem* dice Servio Danielino en *ad Aen.* IV 351); el que con anterioridad Virgilio no haya hablado de estas apariciones, no da pie para pensar que son falsas; también en VII con motivo del cumplimiento de la profecía de las mesas, habla de una orden de Anquises de la que no se ha hecho mención hasta entonces y que además contrasta con lo que narra en III a propósito de Celso; es un procedimiento virgiliano el de introducir recuerdos de acontecimientos de los que no se ha hecho mención. Es cierta, en cambio la afirmación de Bouquet de que en su tratamiento de los sueños Valerio Flaco está más cerca de Estacio que de Virgilio; no en vano los dos son epígonos.

En el estudio del único sueño estaciano en el que aparece la sombra de un muerto (*Theb.* 2, 89-127) señala Bouquet que el despertar de Eteocles no representa algo importante para la acción; estoy más de acuerdo con Cecilia Criado (*La teología de la Tebaida Estaciana. El antivirgilianismo de un clasicista*, Hildesheim-Zúrich-Nueva York, 2000, p. 48) que hace derivar de la visita nocturna de Layo el *furor* de Eteocles, como de la visita de Alecto Turno deriva el *furor* bélico (no locura) del rútilo; para Bouquet el germen de las discordias futuras estaba ya en la alternancia en el poder y en el carácter tiránico de Eteocles.

En el sueño de *Punica* IV 723-738, en el que a Aníbal tras la victoria de Trebia se le aparece Juno bajo la apariencia de la divinidad del lago Trasimeno y le aconse-

ja dirigirse a sus orillas, ve con razón Bouquet el recuerdo de la aparición del dios del Tíber a Eneas e el libro VIII de la *Eneida*; es cierto también que, como indica el estudioso francés, el Tíber se aparece para tranquilizar a Eneas confirmándole que ha llegado a la tierra prometida y que ya no es objeto de la cólera de los dioses; no estoy de acuerdo, en cambio, con la afirmación de que el río le anuncia que Troya revivirá, porque la nueva Troya (que Eneas cree que es la ciudad que le ha sido destinada) ya ha sido fundada por el troyano en la desembocadura del Tíber (cf. D. Estefanía, “La fundación del Eneas virgiliano en el Lacio: una nueva Troya” en prensa en la *Revista de Estudios Latinos*). Es verdad que el cartaginés tenía que franquear los Apeninos para dirigirse a Roma y encontrarse con Flaminio que intentaría detenerle y que, como dice Bouquet, no había razón para que el Trasimeno mostrase alegría por la matanza que iba a tener lugar en sus orillas; pero una vez que Silio Itálico había decidido combinar con acontecimientos históricos perfectamente documentados con lo maravilloso, lo superfluo de este elemento estaba servido y con razón afirma Bouquet que no tiene gran importancia para la acción.

Con respecto al *De bello Gildonico* de Claudiano y al sueño de Honorio en el que este emperador de Occidente recibe la visita de su abuelo Teodosio (la aparición del emperador Teodosio a Arcadio, el emperador de Oriente, como bien ve Bouquet, no es un sueño ya que Arcadio no está dormido cuando recibe la visita de su padre) hay que añadir a lo dicho por Bouquet que en su discurso a Honorio el viejo Teodosio falsea los hechos históricos (cf. D. Estefanía, «El panegírico poético a partir de Augusto», *Myrta* 13, 1998, p. 167); esto unido a que de 526 versos sólo los 16 primeros hablan de la rapidez de la victoria y de la guerra que da título al poema, hacen pensar, a mi juicio, lo que no todos los estudiosos de Claudiano admiten: que no estamos ante un poema épico propiamente dicho, sino ante un panegírico poético.

El capítulo de conclusiones recoge lo que a propósito de los diversos autores y sueños ha venido diciendo el autor en cada uno de los capítulos correspondientes. A éste siguen una Bibliografía en la que sobra alguna cosa (el manual de Literatura de Bayet, por ejemplo, que no pasa de ser un manual escolar no recomendable hoy para los estudiantes de los últimos cursos de Filología Clásica) y faltan otras (como la edición de los fragmentos de Enio de Skustch y alguna que otra monografía), un *Index Nominum*, un *Index Locorum* y un Índice general de la obra.

La brevedad que exige una reseña como las breves que se publican en *Emerita* me ha obligado, como puede observarse, a referirme a uno sólo (con excepción de Enio) de los sueños estudiados por Bouquet en cada autor; he elegido siempre sueños externos, por ser éstos, como bien indica Bouquet, los que mayoritariamente están representados.

Ante un juicio de valor general, debo decir que el libro es útil quizá para quienes no tengan un conocimiento profundo de la épica latina, pero no significativo para especialistas.

DULCE ESTEFANÍA
Universidad de Santiago de Compostela